

## LA NIETA DEL CORREO VIEJO

MARTA PLUMA. Silencio por favor, mi abuela está leyendo.

Y es que mi abuela lo leía todo. Ya fueran reportajes, entrevistas, cartas al director, textos científicos o incluso Mortadelo y Filemón o el HOLA. Así que estaba informadísima.

Viajábamos al pueblo, a casa de mis abuelos en invierno para la matanza y en las vacaciones de verano, y siempre la encontrábamos leyendo. Como he dicho, leía todo lo que caía en sus manos, pero no podía leer libros porque en su casa, el dinero andaba escaso. Ella guardaba todos los recortes de periódicos con los que le envolvían lo que compraba en la tienda de ultramarinos de la plaza. Los acumulaba, los seleccionaba, y luego los iba leyendo.

Parece que la estoy viendo, una personita de negro, chiquitita, con su moño, recogida en su silla bajita de mimbre junto al ventanuco y calentándose enfrente del fuego, porque hacía realmente frío, aunque su espalda no corría la misma suerte.

En cuanto nos veía llegar, se ponía muy contenta, recogía todos los recortes de su lectura y después de abrazos y achuchones, bajábamos con ella al corral. Había que cuidarse de los ataques del gallo; en cuanto te veía se tiraba encima, debía estar muy en su papel de amo del gallinero. Mi abuela cogía un conejo o una gallina y los mataba en el acto allí mismo, (qué habilidad tenía) y con esto comíamos unos días junto con los huevos que habían puesto las gallinas.

Comenzaba la matanza y, durante esos días, como podréis suponer, era imposible guardar silencio y mi abuela tampoco tenía tiempo para leer. Toda la familia estaba muy ocupada y alborotada, era una gran fiesta muy esperada, y en la que participábamos toda la familia. Además, nos ayudábamos unas familias a otras y amigos y vecinos en un ambiente muy jovial. El olor a cebolla que impregnaba las calles denotaba que todo el mundo estaba dedicado a su matanza o la del vecino.

Los hombres mataban y troceaban al cerdo, y las mujeres preparaban los chorizos, las morcillas y los jamones. Los chorizos y las morcillas los metían en orzas con aceite para que se conservaran y los jamones los subían a secar a la cámara y con lo que sacaban del cerdo tenían alimento para todo el año hasta la próxima matanza. Del cerdo se aprovechaba todo.

Cuando la fiesta terminaba, con mucha tristeza, nos íbamos cada uno de vuelta a nuestras tareas en la ciudad. Mi abuela nos despedía y, aunque se había alegrado mucho de nuestra llegada, creo que, en el fondo, también se alegraba de que nos fuéramos para poder continuar con su pasión lectora en el silencio de su casa.

En verano, todo cambiaba; mis padres me enviaban al pueblo mientras ellos trabajaban. Al principio, me costaba separarme de ellos, pero con el tiempo me acostumbré y terminé disfrutándolo, y al comenzar el colegio, echaba de menos esos días. Tanto, que volver a

casa y encontrar la puerta cerrada me causaba claustrofobia, tras haber pasado el verano al aire libre. Ahora, los recuerdos más felices de mi infancia son aquellos vividos en el pueblo.

Cuando llegaba, rápidamente se corría la voz entre los chiquillos de que la nieta del Correo Viejo había llegado. A mi abuelo le llamaban el Correo Viejo, porque de siempre, había llevado la oficina de correos del pueblo hasta que, durante la guerra se lo quitaron los del bando contrario a punta de pistola y desde entonces tuvo que ganarse la vida trabajando en el campo enfrentándose a numerosas dificultades para mantener a su familia. Esta situación provocó una tragedia cuando, debido al miedo de ese ataque, mi abuela perdió a un hijo que estaba amamantando en ese momento, ya que del susto se le estropeó la leche.

Se presentaban todas mis amigas corriendo en la casa de mi abuela y a partir de ahí, mis abuelos solo me veían a la hora de comer, y a la hora de la siesta, que era sagrada. Bueno también a la hora de merendar, en ese momento, mi abuela nos ponía a todos en fila en su puerta y nos daba de merendar pan con una onza de chocolate o con miel.

Por las mañanas me despertaba el canto del gallo y mi abuela me preparaba el desayuno, una taza de leche con pan que desayunaba en el patio. Era un patio alargado de suelo irregular, de piedras. A un lado estaba la cocinilla donde hacía la lumbre y ponía el puchero sobre tres patas con el guiso. A continuación estaba la higuera sujeta sobre un montículo circular de piedra, encima del cual encontrabas todo tipo de utensilios, desde unas tenazas hasta un candil o unos fuelles. Al otro lado, la pared, estaba llena de clavos introducidos entre las piedras, donde mi abuelo colgaba todos los aperos de trabajo del campo, y las aguaeras, que él mismo había hecho con esparto. Las ponía a la burra cuando salía al amanecer a recoger la aceituna, a segar o a recoger los girasoles o el espliego, dependiendo de la época del año. Una fila de macetas con geranios de colores y pintadas de blanco adornaban la pared.

Después bajábamos al corral a darle de comer al cerdo, ése que sin saberlo el pobre, luego era sacrificado en la época de la matanza pero que había que engordarlo a lo largo del año. A partir de ahí estaba todo el día jugando por las eras, revolcándome en los montones de trigo recién trillado y ablentado o cazando lagartijas, aunque de vez en cuando, hacía una visita a la habitación de mi abuela porque debajo de la cama guardaba las cajas de magdalenas y bollos que había hecho en el horno del pueblo y tenía preparadas para cuando yo llegara. Este cuarto era todo un misterio para mí; estaba siempre muy oscuro porque no tenía ventana, y había una cama de hierro con un colchón de lana y una cómoda muy alta, oscura con muchas fotos de toda la familia encima del mármol.

Guardaba el pan en un escriño en la alacena, colgado en la pared y cubierto con una manta. Cuando se acababa, lo hacía ella en la tahona, donde se reunían las mujeres para charlar mientras el pan se cocía.

Mi abuela tenía que ir con el cántaro a coger agua a la fuente de la plaza, en aquel entonces en las casas no había agua corriente, y yo la acompañaba con un cubo aunque éste volvía casi vacío debido a su peso y a los vaivenes del camino.

A la hora de la comida había que estar en casa porque mi abuelo, que era muy serio, tenía que comer y no permitía retrasos ya que después debía volver a trabajar al campo. Mientras comíamos escuchábamos la parte en la radio; para mi abuelo era muy importante y había que estar calladas para que pudiera oírlo.

Lo mejor era cuando llegaba la hora de la siesta, Hacía mucho calor pero la habitación estaba fresquita y mi abuela se acostaba conmigo y me leía sus recortes, casi todas historias muy graciosas, porque mi abuela era muy ocurrente y divertida, sospecho que algunas historias se las inventaba o añadía sucesos de su cosecha. Recuerdo que me leía un libro que le habían prestado, no se quien, fue mi primer libro, se me quedó grabado y aun lo conservo: "Las aventuras de Tom Sawyer".

Mi abuela tenía muchos dichos que se me han quedado en la memoria, y ahora yo le repito a mi hijo, por ejemplo, cuando te daba una manzana decía: no te preocupes que no tiene gusanos; "si no tiene agujero es que no ha entrado y si lo tiene es que ya ha salido". Cuando me daba sopa si me quejaba de que estaba muy caliente decía: Mete la cuchara por debajo que da la sombra.

Para mi cumpleaños, en octubre, siempre me mandaba una carta felicitándome y en el sobre incluía como regalo una peseta de papel, qué pena no haber conservado una de esas pesetas. Me encantaba recibir esas cartas y siempre recordaré como empezaban: "Espero que a la llegada de ésta os encontréis bien, nosotros bien G.A.D". (Gracias a Dios). Por supuesto con sus faltas de ortografía.

En Navidad, nos felicitaba el año nuevo llamándonos desde la central de teléfonos del pueblo, lo cual era conveniente para evitar que si la llamábamos nosotros, la señora de la central tuviera que ir a buscarla a su casa. Durante estas llamadas, si era el 30 de diciembre, por ejemplo, solía decirme: "¡Hoy he visto algo increíble, un señor que tenía tantas piernas como días le quedan al año!" A mi me tomaba un momento entender que al año le quedaban dos días. Esto siempre le hacía mucha gracia.

Por las noches, después de cenar nos reuníamos los vecinos a tomar el fresco en la calle y las mujeres contaban historias de miedo, no sabíamos si eran ciertas pero a mi me atemorizaban mucho. Otras veces, nos bajábamos a la plaza con mi tío el pequeño, que por ser mucho menor que mi madre, ya que mi madre era la mayor de cinco hermanos, todavía estaba soltero y mientras él charlaba con sus amigos en el bar, yo jugaba en la plaza con mis amigas. ¡Cómo me gustaban esas noches!

Muchos años después, mi abuelo murió y mi abuela tuvo que venir a casa con nosotros. Cuando le dije que me había graduado en la universidad se alegró mucho y ese día me contó que si fuera por ella nunca se hubiera casado. Ella quería mucho a mi abuelo porque era buena persona pero no estaba enamorada, quería hacer muchas cosas en su vida, tenía muchos planes como seguir aprendiendo o poder estudiar y aprender un oficio, pero en aquellos tiempos no pudo, lo único que consiguió fue seguir leyendo sus recortes y con eso se tuvo que conformar.

Mi abuela tenía más experiencia de la vida que muchas personas de su tiempo. Y no era por haberla vivido porque ella nunca salió del pueblo, ella se dedicó a leer la vida. Así que, cuando le pedía consejos en muchas ocasiones, sus respuestas eran más certeras que las que me daba mi madre.

Hoy, si me pidieran que piense en la persona que más me ha inspirado en el mundo siempre pensaría en mi abuela.